

TOMMASO LANDOLFI

## DE ESAS MUJERES

Traducción de FABIO MORÁBITO

**B**IANCA ES DE ESAS MUJERES que, como suele decirse, se hacen del rogar. Es prácticamente imposible que se resuelva a hacer algo por propia iniciativa, hay que obligarla. Esto responde en parte a su naturaleza física y en parte a su visión del mundo, el cual se le antoja carente de toda esperanza personal y regido por la lóbrega bandera de la inutilidad. "No vale la pena", suele decir. También considera que es inútil hablar y, en general, expresarse, puesto que, a fin de cuentas, "uno habla y habla y no dice nada", como acostumbra afirmar de sus propias palabras. De manera que su otra expresión preferida es: "No". Pese a todo, explotando cierta curiosidad literaria que ella tiene, logré ayer, como pocas veces lo había logrado, que realizara la poco agradable y muy comprometida acción de visitarme a la vista de sus parientes y de todo el pueblo. Tal vez, más que mis maniobras, lo que surtió efecto fue el hecho de mi relación con Ginevra.

El aire estaba templado y en el patio comenzaron en seguida los acostumbrados abrazos impetuosos y sin futuro. Ahora bien, en el lugar en que estábamos nos hubieran podido ver desde alguna ventana, de modo que, dulce y violentamente, arrastré a Bianca adentro de la casa y luego al piso de arriba, mientras ella protestaba y seguía negándose. Arriba, en un cuarto, hay una cama sin sábanas, que lleva años en ese estado, y hacia la cual empujé a Bianca, que, desde ahí, siguió con sus pálidas caricias.

Aquí cabe hacer una aclaración: mi ardor y mi audacia se encontraban a la sazón en su punto más alto, pues en realidad estaba seguro de que la añosa virgen no iría a ceder, y esa seguridad me venía de los largos años de mi asedio infructuoso. Pero he aquí que nunca hay que confiar en las mujeres. De pronto, un cambio imperceptible y no menos alarmante se produjo en su actitud. O en ella, si se prefiere. Pero aquí, para mejor apreciar este, cabe una aclaración más. Debido a su resistencia férrea y verdaderamente poco natural, yo siempre había sospechado en ella algún impedimento de tipo físico o psíquico, o que al menos no estuviera naturalmente dotada para efusiones sensoriales. Y una vez, hablando con ella de esto mismo, todo lo que me dijo fue que yo jamás adivinaría el verdadero motivo de su constante negativa; respuesta que me dejó como antes. Volviendo pues a donde estábamos, parecía, mientras dízque luchaba conmigo, que en realidad luchaba contra esa naturaleza suya, dispuesta al fin a vencerla, mientras yo, atónito, aterrado, veía cómo progresaba en esa pelea furiosa y que de nada servía que moderara mis acosos.

Por otra parte, tenía que sostenerme en mi nivel y simular todavía algún ataque. Y su defensa se hacía cada vez más débil,

aflojábanse sus amarras, sus miembros perdían vigor, se hacían dóciles, sumisos, sus manos ya no se agitaban tercamente para defenderse, los *no* parecían zureos de paloma, se le doblaba la cabeza, se le cerraban los párpados, los ojos: ella se abandonaba, cedía...

Aquí está el punto: ¿qué o quién la hacía ceder, qué violencia? ¿Dónde estaba mi valor para llevar a término la empresa? Ella, percatándose al fin de lo que pasaba, después de que una indefinible sonrisa cruzó por sus ojos, dejó de luchar, se levantó y se acercó al gran espejo, ante el cual se quedó arreglándose algo, en realidad con aire abstraído. De manera que todo había sido inútil, justo como ella misma, así como la lucha desesperada que la había hecho posible, pues una y otra habían dejado su lugar al hielo y al vacío de la decepción.

Realmente no sabía qué hacer; no sabía si reírme, llorar o maldecir, pues mis sentimientos mismos eran contradictorios. Sobre todo mi cobardía, igual que mi afecto, tenían miedo de que esa calma de la mujer enferma (de nervios) fuera el anuncio de alguna furia repentina. Pero por otro lado no dejaba de ser cómico y hasta instructivo considerar cómo esa larga vida de castidad se había conservado e inmolado para alguien incapaz de recibir ese sacrificio y, más generalmente, contemplar el resultado casi forzado de una resolución ponderada demasiado cuidadosamente. Mi propia miseria no me preocupaba, tan acostumbrado estoy a ella.

La alcancé junto al espejo y traté de abrazarla; ella no opuso resistencia, pero no me devolvió el abrazo. "Malvada", dije por decir algo. Pero de algún modo había que volver a colocar las cosas en su lugar. Intenté decir algunas palabras indiferentes; ella favoreció mi intento. Poco a poco nuestra conversación se fue afianzando y mi aprensión se esfumó, también porque tocamos un argumento que me importaba de un modo especial. Regresamos a la planta baja. Su expresión parecía completamente normal: ese aire vagamente divertido, ¿no era su expresión de siempre?

No hace mucho tiempo, coronando asiduas búsquedas comenzadas desde mi infancia, a fuerza de torturarme la cabeza estudiando el plano de la casa y de escudriñar muros y pisos, descubrí un antiguo escondite que, a manera de cuartito o de pequeña cisterna, ocupa un vano entre los cimientos. Se accede a ese cuartito por un escotillón que alguna vez fue recubierto por el enladrillado, concretamente cuando se terminó la época de los bandoleros, ¡como si a ésa no fuera a sucederle la de los Alemanes, los Marroquíes y los Italianos! Pero en fin, sigamos. De ese escondite, pues, le estaba hablando a mi compañera; y ella, como de costumbre, se mostraba moderadamente interesada, de modo que le propuse enseñarle el lugar,

pero pidiéndole que guardara el secreto; ella aceptó en seguida y sin entusiasmo.

Después de remover con gran esfuerzo el baúl que me servía para ocultar el escotillón, bajé una lámpara, amarrándola a una cuerda, en el interior del escondite, y desde ahí, desde el borde mismo de la trampa, le mostré lo que podía verse, que no era nada del otro mundo: un viejo mazo, de esos que llaman *pirococle* (porque tienen la empuñadura en forma de pera), completamente carcomido por las polillas y, como único hallazgo, la pequeña cámara del tesoro en un rincón, obviamente vacía, y no me acuerdo qué más. Tanto la abundancia de cascajo en el piso, del que se levantaba al menor contacto una gran polvareda, como el apretado tejido de telarañas, no hacían aconsejable bajar al agujero. Estas últimas, sólo parcialmente laceradas por mis anteriores excursiones, llenaban como un denso humo toda la parte superior del pequeño cuarto, testimoniando así la desesperación de las arañas, que habían muerto cerca de aquella suprema salida cuando ésta quedó tapada. Sin embargo, la presencia en una de las paredes de una minúscula araña viva demostraba la existencia de algún pequeño resquicio que desembocaba hacia el exterior, evidentemente demasiado estrecho para sus congéneres, que desde hace tiempo habían quedado reducidas a polvo. Hacía falta indagar.

En cierto momento ella dijo: "¿Y atrás de esa piedra, mira, esa que parece pegada a la pared sólo con un poco de cal, no habrá algo?" La piedra, en efecto, que tenía casi todo el contorno al descubierto, parecía haber sido apoyada apresuradamente para tapar un nicho o una abertura. Me quedé extrañado, pues nunca la había visto. "¿Es claro, ahí debe de haber algo!" Sin pensarlo, le entregué la cuerda que sostenía la lámpara y bajé en el cuarto, desde donde me alcanzó en seguida una voz histérica e irreconocible: "Ahora te mató". A continuación, el escotillón se abatió con estruendo y la lámpara, debido al violento tirón de la cuerda, se apagó.

Los sufrimientos de mi cobardía son positivamente atroces, pero lo son aún más los de mi imaginación. Si además sumamos ambas especies y añadimos una pizca de enfermedad, por ejemplo claustrofobia, disnea u otra por el estilo, ya se ve adónde vamos a parar. Ella sin duda estaba bromeando, no era una asesina; se trataba de la broma de una enferma, de una deschavetada, si se quiere, pero hasta ahí. De acuerdo, pero por lo pronto yo estaba ahí encerrado, completamente en su poder. Levantándome sobre las puntas de los pies podía alcanzar el escotillón con las puntas de los dedos, pero no podía absolutamente ejercer la menor presión. Ella, además, seguramente estaba parada sobre la trampa. Mientras tanto, unas horribles carcajadas mezcladas con injurias resonaban sobre mi cabeza. "Te mató" gritaba la demente con voz trepidante; "te vas a morir de la peor manera, la que más temes". La verdad es que en su estado no se podía estar seguros de nada. "Bianca, Bianca, ya déjate de bromas, se me está acabando el aire", dije, y ya empezaba a no reconocer mi propia voz. "¿Bromeas? Ahora verás" (se oyó algo que se arrastraba, como si estuviera colocando de nuevo el pesado baúl sobre el escotillón). "¿Se te está acabando el aire? Esto todavía no es nada, ¡vas a ver dentro de una hora, de dos, de tres!" "Bueno, Bianca, ya estuvo bueno. Termina ya, si no..."

"¿Si no qué?" "¿Qué me vas a hacer? ¡Ah, ah, ah, qué vozcita se te oye! ¿Tienes miedo, eh? ¿Tienes miedo, verdad,

fanfarrón?" "Bianca, por favor, qué te pasa, ¿Por qué fanfarrón? ¡Bianca!" "No, es inútil que trates todavía de dominarme; te vas a quedar allá adentro, yo me voy". "¿Pero por qué, qué te he hecho?" "¿Qué me has hecho, eh?" "¡Abre, abre, me siento mal!" "¿Yo también estoy mal, mal..."

Mi corazón latía furiosamente y en verdad sentía que me asfixiaba. No es que ya me faltara el aire en aquel agujero, sino que mi miedo y mi agitación lo estaban rápidamente saturando. Estaba bañado en sudor, sentía vértigos, náusea y como un oscurecimiento general de mis sentidos, de los que sin embargo brotaban unos impulsos vagos e ignotos.

Además, entre los tormentos de mi imaginación está siempre presente el miedo a lo peor, y su figura: aun admitiendo que Bianca no quisiera realmente matarme, y ya no estaba tan seguro de eso, ¿no podía ocurrir que se desplomara, víctima de esos ataques que la dejaban tirada en el suelo y de los que tardaba tanto en recobrase? En cuyo caso tiempo no me faltaría para estirar la pata.

Agarré la *pirococle* y como loco empecé a golpear la trampa, hasta que el mazo se despedazó. Bianca, entonces, empezó a arrastrar objetos y a amontonarlos sobre la escotilla. "Voy a poner esta silla, y esta otra, y esta caja", decía, y cada vez se oía un golpe sordo. Su voz sonaba débil y silbante, sus palabras no eran más que estertores. Después me pareció que se marchaba y yo me hundí en una especie de estupor. La inmediata resignación a la muerte, no sólo del alma sino del propio cuerpo, es una de las pocas ventajas de la imaginación.

Pero todo, por suerte, se acaba, de una manera o de otra. Regresó como loca, arrancó, por decirlo así, los objetos que había amontonado y abrió la trampa. La encontré arrodillada y doblada sobre sí misma; caí, únicamente por debilidad, junto a ella. Tenía ya los ojos llenos de lágrimas. Como me vio a su lado, me lanzó los brazos al cuello, apoyó su cabeza en mi hombro y rompió a llorar desesperadamente, murmurando: "¡Maldito, maldito!"

Ahora bien, me gustaría saber por qué, en estas paginitas, he pasado del antepretérito al pretérito. Me inclino por la explicación más simple, que nada tiene que ver con preocupaciones literarias. Lo que acabo de contar ocurrió ayer y ya me parece que pertenece a un pasado remoto: tan débil es mi conciencia de la realidad.

Ocurrió otro acontecimiento importante y casi diría inaudito, considerando su carácter terriblemente concreto y su cercanía con el que acabo de referir. Sin embargo, así son las cosas: o no sucede nada o sucede de todo. Ginevra, pues, ayer trató de matarme, y no sé si añadir "ella también", ya que su intento, a diferencia del de Bianca, no deja lugar a dudas, y es francamente asunto de código penal. Lo cual, dicho sea de pasada, es para mí un motivo de honda satisfacción. Pues una de dos: o yo adiviné su naturaleza asesina, o mi influencia sobre ella es decisiva, y en ambos casos... (Esto es lo que en Florencia solemos llamar "colgarse de las amarras del cielo".)

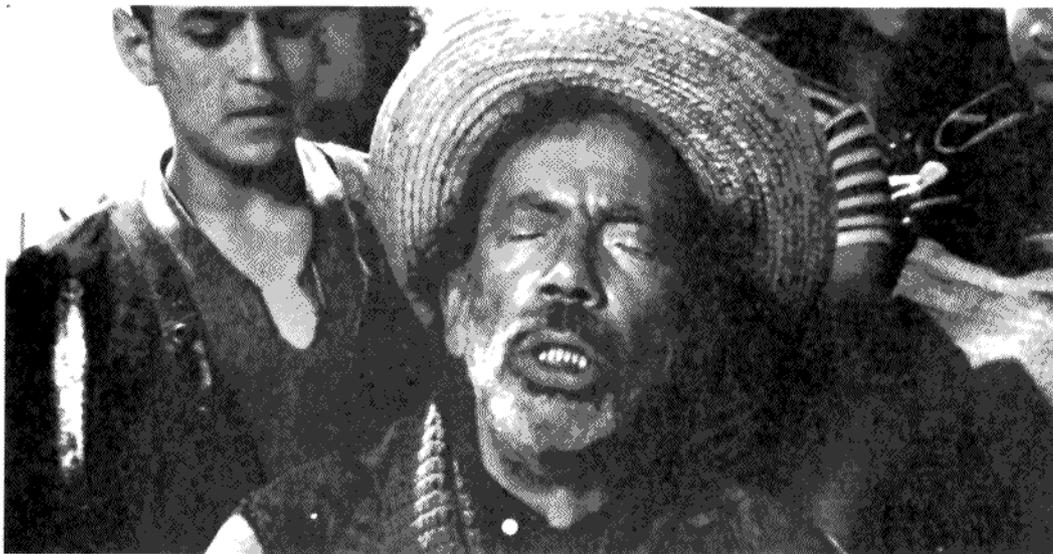
Ayer por la noche Ginevra estaba especialmente nerviosa. Medía la sala con pasos duros, miraba a su alrededor con más recelo que de costumbre y parecía incapaz de calmarse; no me pidió que prendiera la luz roja, ni se tendió sobre el sofá. Sufre de claustrofobia, como creo que ya dije, y no puede estar a gusto si antes no ha cerrado todas las puertas. Pero ayer en la noche dejó abierta al menos una, la de mi recámara, como si no le importara tranquilizarse. Por si fuera poco, obedeciendo

a un impulso repentino, entró bruscamente en mi cuarto, tal vez para familiarizarse con las imágenes espectrales que se ven desde afuera, encendió la luz y escudriñó a su alrededor; pues sólo conoce de mi casa la sala donde la recibo. A continuación retomó sus agobiantes idas y venidas. Llegué a la conclusión de que estaba enterada de la visita que me había hecho Bianca, pero su demonio, como ella lo llama, es decir su sobreviviente orgullo, le impedía hablar directamente del tema.

De pronto se paró delante de mí y, mirándome francamente a los ojos con las pupilas dilatadas y los párpados corrugados, dijo más o menos lo siguiente: "Mire, muchacho" (una manera propia de ellas de reprender), "usted está jugando sucio, está jugando sucio porque yo también cuento; parece imposible, pero yo también cuento aquí. Resumamos brevemente: a usted le sirve a veces para matar el tedio, como si para algo más fuera un estorbo, o a lo mucho un animalito para experimento. Usted no tiene el menor interés por mí, ¿no es cierto?" (Admití con un gesto vago que podía ser cierto). "¿Lo ve? Esto es lo peor: apenas se siente seguro de su poder sobre alguien, de inmediato, bajo el disfraz de la sinceridad, se vuelve insolente y cruel como nadie. Pero, repito, ¿se trata realmente de sinceridad o es más bien su naturaleza chantajista, de la que ya me habló una vez, la que así se manifiesta? Ya sé, ya sé lo que su formalismo me va a objetar: que ya estaba advertida de todo esto, que estas son las condiciones declaradas de nuestra relación; advertida, digo, de lo que su pretendida sinceridad va afirmando minuto a minuto, o mejor dicho confirmando. Siempre avaramente preocupado por no conceder a la otra el menor derecho y de conservar la propia libertad hecha de vulgar intransigencia y de miedo a la vida, usted me dijo también que me tocaría sufrir de celos, que se atribuía el derecho de ningunearme, de abandonarme en cualquier momento, etcétera etcétera. ¿Y cree que esto es suficiente? ¿Cree que baste con decir: yo soy así y asado, para después comportarse así y

asado, para desahogar los propios instintos, las propias curiosidades nocivas, la propia desesperación, no sé y en el fondo la cosa no me interesa? Tampoco es suficiente que la otra haya aceptado las inhumanas condiciones para que sea legítima semejante conducta. Yo acepté todo, hasta por escrito, ¿y con eso? A nadie se le puede exigir lo imposible, y si las condiciones son inaceptables e irrealizables, el contrato queda anulado. Usted se obstina en dudar, pero yo también tengo un corazón; y estoy hecha de huesos, de carne, de sentidos..." (En definitiva, todas, y todos, exigen de mí lo que no puedo darles.) "Ni puede decirse que usted actúa así para curarme. Hay maneras, discúlpeme, más viriles y, aunque parezca paradójico, más explícitas para curar a una mujer, siempre y cuando sea posible hacerlo; porque al fin la insolencia y la crueldad nos atraen. Lo sé, es otra de las cosas que me dijo: que no tendría escrúpulos en sacar ventaja de este rasgo nuestro. Pero al mismo tiempo usted es realmente insolente y cruel, y no sólo por cálculo. ¿Y qué, si ya me lo dijo? Y además, ¿por qué a veces alienta mis sinceros sentimientos? Y antes que nada, ¿realmente quiere usted que me cure?"

Y siguió por ese camino. Pero de pronto, cambiando de tono: "Nada es verdad de lo que acabo de decirle. Tenga o no tenga usted el derecho de actuar como actúa, no es cierto que yo no lo aguante. Es más, yo... Sí, en cierto modo, lo repito, me gusta que... por favor, usted siga como es, y..." Ya no podía hablar de corrido, porque obedeciendo a uno de sus impulsos repentinos se había sentado en mis rodillas, me había rodeado el cuello y trataba violentamente de besarme. Ahora bien, aquí ocurrió el hecho, o más exactamente el fallido hecho que determinó todo lo demás. No es que yo no pueda decentemente devolver un beso a una mujer, lo que pasa es que Ginevra tiene un pequeño defecto físico, un defectillo de nada y fácilmente eliminable, mas no por ello menos desagradable. Y mi resistencia inconsciente, debido a que su gesto me



había tomado de sorpresa, la enfureció. Levantándose de golpe, sacudiendo convulsamente la cabeza como si hubiera recibido un golpe, corrió hasta mi cuarto y regresó en seguida empuñando mi pistola, que siempre guardó cargada sobre la mesa y que ella debió de ver en su reciente visita a mi recámara.

No sólo empuñaba el arma sino que la apuntaba contra mí, teniendo el dedo sobre el gatillo. La mano le temblaba. Sin embargo, puesto que no había cruzado el umbral de mi recámara, mediaban todavía unos diez pasos entre los dos, distancia no indiferente para un arma de poca precisión y su inexperiencia como tiradora. Esto en el caso de que hubiera querido disparar en seguida; por lo que pronto me había permitido levantarme, pareciendo así que estuviera dispuesta a parlamentar, y yo había aprovechado el momento para dar rienda suelta a exclamaciones y preguntas retóricas. Mientras tanto, meditaba si lo más conveniente sería acercarse dulcemente para tratar de desarmarla o alejarme todavía más. Sin embargo: "No trates de acercarte ni de huir; si no, disparo. ¡Ah, cómo te has puesto blanco, cobarde!" (Otra vez me salían con eso.) "Sí, ¿nunca te has dado cuenta de cuánta vileza hay en todo esto, en tu modo, en tu mismo modo de ser? Es más, todo se reduce a eso: a vileza. Por eso quiero matarte, sólo por eso: porque eres un cobarde. Me das asco. ¡Soberbio desdén! ¡Hazme el favor! ¡Desprecio por el vulgo, amor a la verdad y a la belleza, tormento superior de un alma noble, inadaptada al vivir de nuestro planeta, anhelante, como tú dices, de su patria celeste! ¡Hazme el favor, estúpido payaso —porque también eres un estúpido! Es sólo cobardía, orgullo impotente y envidioso, es miedo; de nuevo, es cobardía, no hay otra palabra para decirlo. ¡Pff! (Gritaba, y de veras escupía hacia mí.) "¡Quieto! Y dime: ¿juras que serás mío, sólo mío y todo mío para siempre, sin otras mujeres, sin Bianca, sin nadie más y nada más? Contesta, cobarde".

Ahora bien, será que yo me inclino siempre por la *lectio difficilior*, pero la pregunta, formulada de golpe y carente de alternativas, me hundió en la confusión más negra. Dadas las circunstancias, parecía que la respuesta lógica y natural debía ser afirmativa; sin embargo, observando el rostro de ella, no vi más expresión que la de un profundo y morboso disgusto que le torcía la boca en una mueca sardónica. Juzgué, por ello, que ese era su sentimiento dominante en ese momento, y temí, por consiguiente, que su pregunta fuera una especie de trampa o de prueba definitiva, como si buscara la manifestación inequívoca de mi cobardía, o sea mi rendición bajo la amenaza de la pistola, para decidirse a aplastarme como un gusano; como si yo pudiera, en suma, recobrar ante sus ojos y detener su mano escogiendo el camino de la valentía y de la lealtad. En vano traté de hacer tiempo: ella repitió su pregunta y su mano temblaba cada vez más fuerte. En conclusión, absurda o no, mi respuesta fue negativa. (Nótese lo curioso de mi posición. De haber contestado afirmativamente, lo habría hecho por miedo; pero al responder negativamente lo hice impulsado por un miedo todavía más grande, con lo cual parece realmente que yo no tuviera ni tenga más alternativa que la cobardía. De cualquier forma, la prudencia y el miedo se revelaron, como siempre, pésimos consejeros.) Contesté negativamente. Y Ginevra disparó.

Pero no acertó, como era más o menos previsible. Sin embargo, por un instinto secreto o una peregrina reminiscencia, me desplomé de golpe, y eso tal vez me salvó. La verdad sea dicha, no me costó mucho trabajo, ya que las piernas se me doblaban. Cuando abrí un ojo, Ginevra ya había tirado la pistola y, cruzando el patio, había huido.

*Fragmento de La biere du pecheur, novela que pronto publicará la Editorial Vuelta. El título es de la redacción.*

